

Mohammed y su hermano resistieron esta orden. « ¡Cómo! » respondieron al capitan-bajá encargado de someterlos, « ¿ es justo y político condenarnos á « la expatriacion en el momento en que acabamos de « reunir cien mil tártaros para defenderos contra « vuestros enemigos de Polonia y de Asia ? Todos los « habitantes de nuestras estepas tienen sus carros « dispuestos, y solo aguardan la señal de la partida. « ¿ Es este el momento escogido para enviarnos ver- « gonzosamente á nuestros *yurds*, al fondo de nues- « tros desiertos ? Cuando hayamos abandonado la « Crimea, cuando haya caido en poder de los infie- « les rusos, ¿ creéis que sereis dueños de Caffa y de « vuestras ciudadelas ? »

XIV

El capitan-bajá, sordo á estas quejas, dió la batalla á los cien mil tártaros y á miles de cósaos, aliados suyos. Los turcos, vencidos y envueltos por el número, quedaron muertos ó fueron hechos prisioneros. El precio de un turco bajo las tiendas de los tártaros era tan ínfimo á causa de la multitud de los

cautivos, que se compraba un esclavo otomano por un vaso de *buza* (cerveza de Crimea extraida desde tiempo inmemorial de la cebada fermentada).

Caffa, desprovista de defensores, fué ocupada por Mohammed-Gherai. El capitan-bajá se vió obligado á reconocer vergonzosamente la soberanía de los dos hermanos y del Nureddin, para recobrar aquella ciudadela de la Crimea marítima. Reembarcóse con los restos de su ejército, de su artillería y de su escuadra. Este triunfo exaltó el orgullo de los dos tiranos de la Crimea. Inmolaron para su seguridad á todos los mirzas, príncipes ó jefes de tribu, que inspiraban sospechas de fidelidad á la rama legitima. La mujer de su enemigo, el príncipe Cantimir, jefe de la faccion tártara, contraria á la de los dos hermanos, fué quemada, apesar de su preñez, á fuego lento, en presencia suya. Luego persiguieron á Cantimir hasta Valaquia; pero este, á la cabeza de treinta mil tártaros, moldavos y valacos, echó su ejército al Danubio enrogecido, dice el historiador, con los torrentes de sangre, derramados en sus márgenes.

Durante esta campaña de los príncipes tártaros de Crimea contra Cantimir y los turcos, los cosacos tártaros, nómadas, piratas y gente de á caballo devastaron la tierra y el mar, y se presentaron por la vez primera desde la ocupacion del Bósforo por los tur-

cos, á la vista de Constantinopla. Montaban ciento cincuenta barcas de dos proas y dos gobernalles, propias para maniobrar en toda direccion, sin virar de bordo. Cada una de estas barcas llevaba veinte remeros y veinte combatientes. Los rusos, piratas de estos rios y estos mares ántes que ellos, les habian enseñado aquella construccion de buques cómodos para abrigarse en las ensenadas y embocaduras de los rios. Siete veces desde los tiempos históricos, habian aterrado los puertos del Euxino y del Bósforo aquellas incursiones de los escitas, los rusos y los cosacos.

Despues de saquear las costas del mar Negro, los cosacos, aliados esta vez con los tártaros de Crimea, quemaron el delicioso pueblo de Buyukdere, residencia de recreo y de lujo de los otomanos y de los griegos durante el estío. Las llamas de Buyukdere hicieron salir seiscientas velas del puerto de Constantinopla para echar á los bárbaros del Bósforo. Diez mil genízaros, derramados á las dos orillas del estrecho, marcharon á la par con la flota para cerrar la tierra y el mar á aquellos incendiarios. Los cosacos formaron su escuadra en forma de media luna, en medio del ancho espacio que existe entre Buyukdere y la costa de Asia, y aguardaron el ocaso del sol, y el viento de tierra que se levanta con la noche, para volver al mar Negro. Al retirarse incendiaron el faro

del estrecho, en donde sus antepasados habian desembarcado siete siglos ántes, para sembrar el terror entre los griegos.

Los turcos, para evitar su vuelta, tendieron de un borde á otro del estrecho, á la embocadura del mar Negro, la famosa cadena de hierro que cerraba antes de Mahomet II la entrada del Cuerno de Oro en Constantinopla.

XV

Despues de haber reanimado un poco á esta ciudad, Hafiz volvió á partir para el Diarbekir con veinte mil genízaros. El ejército con que habia vencido á Abaza, reforzado con tropas frescas, y secundado por una revuelta de los georgianos, que acababan de pasar á cuchillo á treinta mil persas en las Visperas Sicilianas de la Georgia, se adelantó á reconquistar á Bagdad: « Las llaves de Bagdad tengo en mi cintura, » cantaba en el camino el presuntuoso Hafiz.

Prolongado el sitio seis meses por falta de artillería, dió lugar á que Schah-Abbas acudiese al frente de su asediada capital. La guarnicion lo saludó durante tres dias y tres noches con salvas repetidas

desde lo alto de las fortificaciones. La batalla aceptada al dia siguiente por Hafiz fué mas sangrienta que decisiva. La division sagrada de Schah-Abbas, compuesta de diez mil caballos escogidos, que habia jurado vencer ó morir, rechazó por todas partes á los otomanos. El aga de los spahis, que huia ante el irresistible tropel de los ginetes persas, buscó un asilo en los batallones de los genizaros. Estos soldados feroces le cortaron los piés é insultaron su miedo para castigarlo en los miembros que le habian servido para salvar su cabeza del sable de los persas. Hafiz cogió una lanza de infante, y yéndose cantando un himno guerrero, á la primera fila de los genizaros, salvó el honor del ejército, y destruyó hasta el último hombre del escuadron sagrado de los persas.

XVI

Esta victoria, seguida de vanas negociaciones entre Abbas y Hafiz, cansó la paciencia de los genizaros. « No nos quedan ni asnos ni caballos, decian; ¿ qué harémos si permanecemos un dia mas bajo estas murallas? » Lós soldados amotinados derribaron la tienda del gran visir sobre su cabeza : depuesto Hafiz tu-

multuosamente por su ejército, fué encerrado en un castillo á las márgenes del Tigris, llamado el castillo del Iman. Uno de sus tenientes, favorable á los votos de los soldados, Murad-bajá, fué proclamado gran visir. Othman, porta-estandante de Hafiz, se negó á entregar este signo del visirato á los sediciosos.

« ¿ Quienes sois vosotros, les dijo, para arrogaros el derecho de deponer y de nombrar un gran visir? « Esta tienda es del sultan nuestro señor : miéntas me quede mi brazo para defenderla, el estandarte « sagrado no saldrá de aquí. » El intrépido soldado se dejó cortar los dos brazos y despedazar defendiendo el estandarte de Hafiz. Su valor causó remordimiento á los facciosos; ellos levantaron la tienda, plantaron de nuevo el estandarte en el umbral y volvieron á traer á Hafiz, prometiéndole obedecerle.

« ¿ En donde están ahora, les dijo, esos valientes « soldados que juraban conmigo vencer ó morir « bajo los muros de Bagdad? » Pidió dos dias de paciencia; pero le contestaron imponiéndole, con gritos descompasados, la órden de retirarse al instante.

« Si tienes un sable bastante largo, le repitieron « los soldados, toma hoy á Bagdad, sino, busca un « refugio entre las cabezas rojas (1). »

Sin embargo, Hafiz obtuvo el plazo implorado para

(1) Asi se designaba á los persas.

ver el efecto de una mina que debia derribar con su explosion un lienzo de muralla. La mina estalló por imprudencia ó traicion ántes de llegar á los cimientos. Al aspecto del intacto muro, el ejército entero se sublevó con mas furor contra su general. Las tiendas del visir, el tesoro, los bagajes, los víveres fueron pillados; la artillería fué desmontada y conducida al castillo del Iman, en el camino de Mossul. El gran visir y los genizaros buscaron en él un asilo contra la anarquía del campamento.

Schah-Abbas, informado de este desaliento y de las insurrecciones, rompió toda negociacion diciendo « que no se trataba con un ejército fugitivo. » El cañon de Soliman, traído de Constantinopla y escondido entre la arena por los artilleros, cayó en su poder y fué á decorar el serrallo de Ispahan. Hafiz se volvió para rechazar á los persas enviados en su persecucion y los venció á dos jornadas de Bagdad. La noche de esta victoria pudo mandar cortar impunemente la cabeza al tribuno sedicioso del ejército, á Murad-bajá, instigador de los desórdenes y de la retirada. La victoria y la ejecucion le permitieron meter sus tropas en Mossul.

El sultan le escribió que las acantonara y pasara el invierno en Alepo esperando los refuerzos que se aprestaban en el imperio. Este jóven príncipe, que

cultivaba la poesia como Hafiz, cambió durante el invierno muchas cartas en verso con su gran visir. Su madre, la sultana Koesem, sostenia al vencedor de Abaza en el ánimo de su hijo contra las intrigas del serrallo. Hasta entónces en él solo habia visto el heroismo que realzaba su reinado fuera, y la aficion literaria que podia adornarlo dentro.

Las cartas en verso del jóven sultan sobre asuntos políticos y sagrados, eran firmadas por Amurat IV, pero inspiradas y dictadas por ella. Los negocios graves alternaban con los deleites, si se da crédito á los historiadores de la época.

El juego del ajedrez, familiar á los turcos y á los persas, ofrecia alusiones de doble sentido al sultan y á su visir, « ¿No hay ya reina en el tablero para traerme caballeros? » escribia Hafiz. « ¿No teneis bastantes caballeros para coger el rey? » respondia Amurat á su general. El título de yerno de la sultana Validé y de cuñado del sultan autorizaba estas familiaridades entre la familia imperial y el gran visir.

XVII

Pero la frecuencia de las sediciones en el ejército y de las revoluciones en la capital prevalecia sobre la

habilidad de la sultana madre y la abnegacion de Hafiz. El ejército de Alepo rehusaba marchar de nuevo sobre Bagdad, y las tropas de Constantinopla pretextaban á cada instante quejas contra el divan para arrancar concesiones ó pedir cabezas al jóven príncipe, que habian coronado para mandar ellos y no para obedecer.

El kaimakan Gurdji-Mohammed, que reemplazaba al visir durante la campaña de Persia, y cuya experiencia y fidelidad eran la fuerza y la luz del sultan, se hizo blanco del ódio de los genízaros. Despues de haber pedido en vano su cabeza á la sultana, que prefirió valerosamente exponer la suya y la de su hijo ántes que cometer tan pérfida ingratitud, los soldados lo cercaron y lo asesinaron en las escaleras de su palacio. Bajo ocho príncipes habia ejercido las mas altas funciones en el divan y el ejército, y murió á los ochenta años protegiendo la infancia de su señor.

Apénas se habia enfriado su sangre cuando otro capricho de los genízaros pidió las cabezas de los que habian dado muerte al kaimakan; y despues de matarlos los arrojaron al mar. Los unos exigian imperiosamente del mufí una decision que autorizase la muerte del sultan Mustafá I; los otros querian conservarlo como prenda de una tercera revolucion. Tan pronto eran para ellos populares los que habian

concurrido al destronamiento de este príncipe, como los condenaban sin forma de juicio, segun habian hecho con Daud. Mas literato que sus camaradas, el schausch que habia prestado su pluma á Mustafá I, para que promulgara sus kattis-scherifs en el antiguo serrallo el dia de la muerte de Othman II, fué inmolado y dejado insepulto en el hipódromo.

Los alborotos se reprimian con alborotos; los del ejército alternaban con los de la capital. Abaza, á quien se habia confiado el gobierno de Erzerun y el núcleo de su rebelion, se aprovechó de la pérdida de toda disciplina para reclutar en el fondo de la Anatolia nueva gente para su partido. Hafiz, depuesto por el divan para complacer á los facciosos, volvió sin honores á Constantinopla. Khalil-bajá envejecido en el puesto de capitan-bajá fué nombrado en su lugar á causa del ascendiente que se le atribuia sobre Abaza, jefe de los rebeldes, que habia sido su esclavo y que habia conservado la gratitud debida á sus beneficios.

XVIII

Despues de arreglar las diferencias que existian entre los polacos y los khanes de Crimea, Khalil fué

á plantar sus tiendas en Scutari, primer alto de los visires que parten para las campañas de Asia. Antes de comenzarla, fué á visitar al anciano scheik, Mahmud de Scutari, venerado como un oráculo de Dios por todos los partidos, y cuya celda habia servido con frecuencia de asilo á los proscritos de todas las revoluciones. Khalil habia debido la vida en la época de su primer visirato á la hospitalidad de Mahmud, y habia conservado hácia él la gratitud y el respeto de un discípulo.

« ¿Otra vez en la cima de los honores? » le dijo con el acento del desprecio de la grandeza humana el hombre de Dios. Khalil lo interrogó en vano acerca del éxito de la guerra; el profeta se encerró en un silencio que pareció de funesto agüero á los supersticiosos genízaros.

Los contingentes de toda la Anatolia se incorporaron con Khalil en Alepo. Citó á este punto á Abaza por medio de una carta imperiosa. La actitud reservada de este antiguo caudillo de los rebeldes en Erzerun hacia dudar al ejército si debia considerarlo como auxiliar ó enemigo. « Los soldados no te quieren de *seraskier*, » le decia Khalil en su correspondencia; « date pues prisa á venir á mi campamento como voluntario, y á merecer por tus servicios la misericordia del padischah. »

El ejército de los bajás fieles que se unia al de Khalil acampaba bajo los muros de Erzerun. Abaza, indeciso, no osaba ni cerrarles ni abrirles la ciudad. « ¿Quien ese esclavo, jefe de los facciosos, » decian los bajás « que regatea su fidelidad y el auxilio de sus *lewends* (milicia personal de los bajás) al sultan? « Nosotros lo haremos obedecer con este mismo sable que ha derribado en tierra khanes é hijos de reyes. »

Sabedor Abaza de estas murmuraciones y amenazas, se fingió lleno de zelo por el servicio del sultan, inspiró confianza á los bajás, y penetrando en su campamento en una noche oscura, pasó á cuchillo á seis mil genízaros, que sorprendió dormidos. Uno de los seraskieres, el valiente Dischleng-bajá, estaba desnudo en su tienda, haciendo secar sus vestidos mojados por la lluvia del dia. Montó en camisa á caballo con el sable en la mano para defenderse. El kiaya de Abaza le atravesó la garganta con el hierro de su lanza.

Este, apeándose y levantando la cabeza del moribundo Dischleng, le dirigió palabras de dolor y de amistad: « Noble bajá, mi antiguo hermano de armas, » le dijo, « abre los ojos; tu hijo vive todavía. » Dischleng respondió con el último suspiro. El mismo Abaza puso el cadáver sobre su caballo y

lo llevó á Erzerun para sepultarlo. Estas compasiones, estas generosidades, estas traiciones, estas mantanzas habituales del mismo hombre recordaban en aquellas razas bárbaras y heróicas del Cáucaso, las lágrimas y los furores de los héroes de Homero.

Miéntas que Abaza enterraba con ternura al general de sus enemigos, hacia degollar en su ciudad á todos los bajás y todos los genízaros prisieneros de los *lewends*. El calzon de los genízaros, escotado por la rodilla á fin de dejarles libre la articulacion, cuando se arrodillaban para hacer fuego, sirvió para reconocerlos bajo los disfraces que se procuraban para evitar la muerte. Uno sobre diez mil llegó á enternecer á sus verdugos y á evadirse para llevar á Constantinopla la noticia de esta destruccion de un ejército entero.

Khalil acudió con las tropas de Alepo para vengar la sangre de sus seraskiers y de sus genízaros. Su antiguo esclavo Abaza fué sordo á su voz y le cerró las puertas. Las nieves forzaron al gran visir á levantar el silio y á buscar abrigo en Tokat. La tercera parte de las tropas pereció de frio y de hambre en los senderos nevados de aquellas montañas. Batallones enteros quedaron sepultados bajo los aludes. Estos reveses sublevaron todo el imperio contra el gran visir. Khalil, depuesto y seguido por los restos de su ejér-

cito, destruido sin haber peleado, espiró de dolor en Scutari, sin haberse atrevido á volver á Constantinopla. Sus virtudes, invocadas siempre demasiado tarde, habian sido funestas á su patria.

XIX

El sultan nombró para reemplazarlo á Khosrew, bajá de Diarbekir, que mandaba entónces en Tokat los restos del ejército deshecho en Erzerun. Era este un bosniaco feroz, cuya sanguinaria inflexibilidad constituia toda su política. Comenzó aterrando á todos los jefes de servicio del ejército con ejecuciones que presidia él mismo, sentado en un cadalso levantado en el umbral de su tienda. Tokat, en donde arreglaba sus tropas, vió caer así las cabezas del tesorero, del *defterdar*, del beg de Magnesia, del juez castrense y de Hadji-bajá, hijo de una sultana, á quien la sangre imperial no libertó del suplicio.

La sultana Koesem envió un millon de piastras á Khosrew para pagar al ejército. Pagado el sueldo y castigadas las faltas leves con la pena capital afluyeron á Tokat en pocas semanas todos los begs con los

contingentes provinciales desde el Egipto hasta la Georgia. Una marcha de cincuenta leguas en tres días llevó las tropas y la artillería al frente de Erzerun. Sorprendido Abaza se refugió en la ciudadela. Su consejero, el scheik de Cesarea, convencido de que solo una capitulación podía salvar á Erzerun, se presentó con una mortaja y una cuerda al cuello ante su señor, para exhortarlo á que se sometiera á su destino. Abaza capituló con la condición de guardar consigo sus tropas, salió de la ciudad y se fué á acampar en el valle de Erzerun, á poca distancia de Khosrew.

Fiel este á la capitulación concedida, se llevó á Abaza á Constantinopla, lo presentó al sultan, obtuvo su perdón, y lo nombró, para sacarlo del país, gobernador de Bosnia. La ignorancia del bárbaro era tal, que preguntaba si Bosnia estaba en Asia ó en Europa, y tomaba el Austria y la Bohemia por dos fortalezas de la Hungría. Pero su destreza en el manejo de un caballo y su vigor para arrojar el djerid, encantaban al jóven sultan, que se deleitaba en asistir á sus ejercicios ecuestres desde lo alto de una galería del hipódromo.

XX

La represión de los persas en las fronteras, la reorganización del ejército, el restablecimiento enérgico de la subordinación en las tropas y en el divan, la extinción en fin del levantamiento y la cautividad de Abaza, habían convertido á Khosrew en dictador absoluto de la nación: no gobernaba, reinaba en el divan. El secretario de los genízaros, Malkodj, favorito del sultan y de la Validé, era el único que se atrevía á resistir algunas veces las órdenes absolutas del bosniaco. Habiendo yacilado un día en ejecutar una orden, que le dictaba el gran visir opuesta á la voluntad del sultan:

« ¡ Escribe, esclavo! » le decía Khosrew; « ¿ no soy yo el intérprete omnipotente del padischah, el primero en el imperio? ¡ Escribe, te digo, lo que ordeno! »

— « ¡ Misericordioso visir! » respondió el secretario besando el manto de Khosrew, « la cabeza es responsable de lo que la mano escribe, dispóned de mi destino y dádselo á un esclavo; yo aceptaré como un beneficio mi desgracia. »

Un favorito de Khosrew fué elevado á las funciones repudiadas por el altivo Malkodj. El sultan perdonaba todo al que habia sabido dominar las tropas.

Schahin-Gherai, uno de los dos usurpadores de Crimea, derribados por el khan legitimo y su general el príncipe Cantimir, se habia refugiado en Polonia. La Puerta pidió en vano su extradicion; los polacos se justificaron del auxilio que le prestaron.

Las disputas religiosas entre los católicos y los griegos, reanimadas por los protegidos de la Francia, agitaron de nuevo á la diplomacia cristiana en Constantinopla. La imprenta griega establecida en esta capital fué asaltada y saqueada. Los jesuitas, expulsados como instigadores de estos trastornos, trataron de establecerse en Naxos, y de apoderarse de la administracion religiosa del Archipiélago y de Jerusalén. La agitacion suscitada en estas islas con su presencia dió causa á su prision en Chio, y á proscribirlos del imperio otomano, apesar de las instancias hechas por la España y la Francia en favor de este orden.

El príncipe tributario de Transilvania, Bethlen-Gabor, codicioso del trono de Hungría, de Moldavia, de Valaquia, bajo el título de reino de los dacios, que habia agitado por tanto tiempo á Viena y Constantinopla con sus intrigas y su doble política, libró con

su muerte al divan y á la córte de un elemento constante de discordia. Esta muerte permitió al Austria y la Puerta el firmar un tratado de paz en Szoen, en el palatinado de Comorn, sobre las bases consolidadas del tratado de Sitvalorok.

XXI

Amurat IV, que llegaba á la sazón á los diez y siete años de su edad, aleccionado por Hafiz, sufría con impaciencia el prolongado yugo de su madre y el de Mustafá, jefe de los eunucos negros, consejero secreto de la política del haren. Ofendido porque su madre habia dado una de sus hijas al capitan-bajá Hassan, favorito suyo, el sultan la hizo arrebatarse del haren de Hassan, que la poseía. Algunos dias despues hizo extrangular en su haren, en los brazos de otra hermana suya, á su cuñado Kara-Mustafá.

Estas ejecuciones repetidas hicieron temblar á su madre. Procuró esta amortiguar su ferocidad con funciones, halagos, y presentes de jóvenes esclavas, caballos persas y bolsas que contenian diez mil ducados de oro. La astuta sultana se apoderó por estos medios del ánimo de su hijo.

XXII

La noticia de la muerte de Schah-Abbas restituyó al divan la audacia y la esperanza de reconquistar á Bagdad. Khosrew marchó sobre Alepo con ciento cincuenta mil hombres, y dejó en el camino huellas de su severidad y sus ejecuciones. Turmisch-beg, gobernador de Koniah, nacido como él en Albania, y envejecido en el servicio de los sultanes sin haber tomado jamás parte en las revueltas de la capital ó las insurrecciones de los campamentos, recibió de Khosrew la intimación de entregarle sus supuestos tesoros.

« Da tus riquezas, » exclamó el gran visir, « ó tu cabeza rodará por el suelo.

— « Si no ha llegado mi hora, » le respondió friamente el anciano beg, « en vano me amenazas; si
« manchas tus manos en mi sangre inocente, las
« mias te harán un collar en el juicio final. Tengo
« mas de ochenta años y otras tantas heridas por la
« fé y el imperio; pero bajo un tirano sediento de
« sangre como tú, mas vale morir que vivir. »

Sin respetar sus virtudes ni sus cabellos blancos, Khosrew interrumpió sus quejas dando la señal de muerte.

Dos marchas mas allá, fué asesinado Abubekre, defterdar del ejército, y confiscados sus bienes. En Serabad, el jefe de los kurdos, Mir-Mohammed, llamado al divan del visir y previendo el lazo, se puso una cota de malla debajo del vestido. Khosrew llamó al verdugo despues de haberlo insultado. El kurdo, resuelto á vender cara su vida, tiró del sable para clavarlo en el pecho del gran visir. El kiaya se precipitó entre Mir-Mohammed y el asesino. El sable del kurdo cortó del mismo golpe la mano del kiaya y la mitad del pilar de madera de la tienda, detrás de la cual se habia refugiado Khosrew. A las voces y al tumulto, los servidores del visir entraron y dieron mas de veinte puñaladas al kurdo, derribado en tierra. Su escolta, que se armaba para defenderlo, fué acuchillada por los *chiaux*. Siete cadáveres decapitados y amontonados ante el umbral de la tienda fueron testimonio elocuente de la ferocidad de Khosrew y de la lealtad de los kurdos á su emir.

XXIII

Los persas, perdido su heroísmo, con la muerte de su caudillo Abbas el Grande, dejaron avanzar lentamente á los ciento cincuenta mil turcos, á través de sus mas ricas provincias.

El magnífico palacio de Hassan-Abad fué reducido á cenizas; Hamadan, la antigua Ecbatanes, capital de las primeras dinastías, rival de Babilonia y de Susa, célebre en tiempo del islamismo por su mezquita de las *Mil y una columnas*, y por el sepulcro del poeta Hafiz, Salomon por la sabiduría, Anacreonte por sus versos voluptuosos, fué incendiada por el gran visir. Las cúpulas de las mezquitas, los palacios, las murallas de Ecbatanes, se desplomaron con el fuego, el hacha ó el martillo de los otomanos. Ni perdonaron siquiera los árboles que cubrian de sombra y de frutos perpétuos las márgenes de los riachuelos de esta deliciosa llanura. Una nube de humo que se levantó por espacio de muchos días sobre esta *Tempé* de la Persia, anunció á las provincias inmediatas que la ferocidad de Khosrew se cebaba hasta en la natu-

raleza. Aun se llama en las tradiciones persas este pasaje del visir la *visita del hombre implacable*. Alejandro, Gengis y Timur no dejaron tan siniestra huella en el suelo ni en la memoria de la Persia.

Retrocediendo desde allí por orden de la Sultana Kœsem, hácia Bagdad, Khosrew y su ejército atravesaron la fabulosa montaña de Baghistan, teatro de los amores inmortales de Ferhad y la hermosa Schirín, la Heloisa de los persas y de los turcos. El respeto á los monumentos de la poesía fabulosa vence en los otomanos al que tienen á los monumentos de la historia. Ellos contemplaron con respeto la inmensa roca cortada á pico por el enamorado Ferhad para abrir el canal que debia dar paso á un rio de leche (espuma de las cascadas) hasta los piés de su amada. Ellos respetaron los antiquísimos granados, nacidos, segun la fábula, de la sangre de Ferhad.

El ejército persa fué destrozado intentando defender este jardin de la Persia y estos sepulcros de los reyes de sus dinastías. Sus restos se refugiaron en Bagdad. Los mejores generales de Khosrew y la mayor parte de su ejército perecieron en los asaltos. Bagdad salvó otra vez mas la Persia.

Humillado Khosrew repasó el Tigris, y cortando despues los puentes, llegó á Mossul, como Hafiz, despues de un mes de marcha, perseguido en el de-

sierto. Su furor se cebó al llegar á Mossul en los se-raskieres y los begs, perturbadores de su ejército, á quienes acusaba de sus desastres; los convidó á un festin, y allí los hizo perecer á manos de los verdugos, que á este intento tenia preparados. Para reparar su pérdida llamó cuarenta mil tártaros de Crimea, y pasó el invierno esperándolos en Mardin.

XXIV

Esta série de reveses y de atrocidades no interrumpia en Constantinopla ni las fiestas ni las intrigas del serrallo. El divan se ocupaba diplomáticamente de los negocios de Transilvania, de Valaquia y de Moldavia, enredados con la eleccion del magnate húngaro Rakoczy que queria ocupar el trono tributario de Transilvania. Rakoczy, siguiendo el ejemplo de su predecesor Bethlen-Gabor, aspiraba á reinar en las tres provincias, reunidas bajo el nombre de reino de los Dacios. Sus negociaciones alternativas con la Turquía y el Austria lo hacian tan pronto un cliente como un aliado sospechoso ó un enemigo de estas dos córtes.

Los tártaros de Crimea, en guerra un momento con los polacos y los rusos, recibieron orden del divan para volver á las estepas y llevar sus tropas á Persia en socorro de Khosrew.

Este ejército formado con lentitud y esperado inutilmente en Mardin por el gran visir, hizo aplazar la segunda campaña de Persia en el año de 1631. Khosrew regresó á Alepo desacreditado á causa de su inaccion.

Hassan, favorito del sultan y de la Validé, logró su deposicion y el nombramiento de Hafiz-bajá, antiguo gran visir, Khosrew. popularizado en los campamentos por su ferocidad y su tolerancia con los soldados, fingió obedecer resignadamente la orden del sultan, pero fomentó por debajo de mano la insurreccion de las tropas en su favor. La rebelion estalló en Diarbekir y en Alepo, y se propagó á través de la Anatolia hasta los cuarteles de Constantinopla. Los rebeldes levantaron el campo y forzaron á sus generales á que los condujeran á la capital. Khosrew les habia tomado la delantera, acompañado por su sobrino y unos cuantos partidarios.

A instigacion suya, los spahis y los genízaros reunidos, sin jefes en la plaza del Hipódromo, pidieron durante tres dias consecutivos las cabezas de los traidores. Designaban nominativamente con este epíteto